

## TIEMPO HINCHADO Y LA MUERTE DEL SIGNIFICADO

*Ala Hlehel (\*)*

La ocupación te priva de tu humanidad al privarte de la capacidad de controlar el tiempo. Un ser humano libre controla su tiempo: un hombre, por ejemplo, se levanta cuando quiere y se acuesta cuando quiere; va a trabajar según una rutina diaria muy sencilla; una mujer, por ejemplo, va a visitar a sus parientes y a su novio; él va al cine; ella va a dar una vuelta en medio de la naturaleza alrededor de su casa en el momento que lo desea. Un ser humano es humano porque toma sus propias decisiones, porque tiene la facultad de hacer planes para mañana y para pasado mañana, para la semana que viene y para los próximos diez años. Un ser humano persigue su libertad por medio de su capacidad de controlar su tiempo. La libertad garantiza esa cosa tan sencilla, tan extraordinaria y a veces tan difícil de definir: la dignidad.

La ocupación es una máquina: un régimen complejo, semejante a un pulpo, que funciona hasta agotar a los que están sometidos a él. Es un régimen basado en la represión disfrazada de legitimidad administrativa, a la sombra de tribunales y de autoridad legal. A primera vista, todo es legal, y los derechos humanos están garantizados. Un chico acusado de tirar piedras gozará de representación legal en el tribunal militar, y de un intérprete, y del derecho de su madre a llorar lastimeramente delante de él durante los cuatro minutos que duran las expeditivas deliberaciones en el remolque de plástico reforzado. Mesas, sillas, ordenadores, soldados de uno y otro sexo, secretarios, el escudo nacional, su bandera, cámaras de seguridad inteligentes, una estructura de metal alrededor del lugar en el que se sienta el acusado, una plataforma de madera marrón detrás de la cual está el abogado defensor, camisas blancas con corbatas negras, un juez militar impaciente, y tres hombres jóvenes en la flor de la vida que tiraron piedras contra un jeep militar durante una manifestación. Todo, menos justicia.

La máquina se parece a un reloj antiguo con sus ruedas dentadas: cada rueda gira y empuja a la rueda que está engranada a ella para que gire también. La rueda hace girar otra rueda que hace girar otra rueda, y así sucesivamente. Y de ese modo la máquina de la ocupación está tan firmemente atada, integrada y cohesionada que cuesta trabajo distinguir su principio de su final. ¿Quién mueve a quién? ¿Mueven los asentamientos al gobierno, o viceversa? ¿Mueven los recursos financieros a la ideología, o al revés? ¿Mueve el ejército las justificaciones de seguridad, o al revés? ¿Mueven los desvíos de la ruta principal el crecimiento de la población de los asentamientos, o al revés?

¿Por qué los palestinos tiran piedras a los vehículos de los soldados y de los colonos? Porque tienen envidia de la capacidad que poseen sus ruedas de girar infinitamente en busca de desvíos de cinco estrellas. Es una envidia muy sencilla y muy humana; la envidia de los que han sido abandonados detrás de una línea ilusoria, no escrita, y ven pasar ante

ellos la vida a un ritmo enloquecido. ¿Cómo sabe un palestino que la vida está pasando ante él? A través de los infinitos tejados de tejas rojas que se levantan, se levantan y aumentan, en medio del verdor de sus tierras confiscadas. Las tejas rojas están al servicio de la ocupación. Son el indicador más fiel del tiempo durante más de cincuenta años de matar el tiempo. En una plaza pública de una ciudad europea fue inventada una forma muy astuta de marcar el paso de las horas de luz: del interior de un reloj enorme salía un soldado de metal que llevaba una pistolita; levantaba mecánicamente su brazo de metal y disparaba un tiro al aire por cada hora transcurrida, y luego volvía a meterse en su reloj. Una idea creativa para encarnar el concepto de matar el tiempo. Un préstamo muy claro y directo que, sin embargo, nos deja perplejos por la fuerza y la frialdad de su metal: la ocupación es un metal frío que mata con una crueldad brutal la cosa más importante que la vida nos da: los segundos finitos que se nos conceden una y otra vez. Los segundos que nos proporcionan un sentido claro, directo y profundo de nuestra humanidad.

En la visita de escritores en la que participé, el tiempo fue un factor decisivo: cuándo salíamos del hotel; cuándo íbamos a llegar; cuándo tomaríamos café; cuándo saldríamos del coche; cuándo volveríamos a él. Un hombre libre divide su tiempo en unidades definibles. Eso es lo que lo diferencia de un prisionero que languidece en una cárcel gigantesca: el prisionero esposado no divide su tiempo en unidades definibles. El tiempo para él consiste en despertarse y dormir. Cuando duerme, duerme, y cuando está despierto, espera el momento de dormir. Y así el tiempo pierde su significado. Pero la mayor tragedia no es esa; es que el hecho de que el tiempo pierda su significado se convierte en parte de la rutina: una rutina que el prisionero empieza a aceptar. La ocupación no te mata con balas la mayor parte del tiempo, sino con la pistola del tiempo. Los jeeps militares llegan a la entrada del poblado y sacan la pistola del tiempo, y disparan una bala contra él a cada hora en punto. Así es como la ocupación te mata.

La ocupación mata el tiempo y priva a un palestino de su dignidad básica como ser humano. Hay en esto una tristeza aplastante, fatal. Solo Dios (según cierta exégesis judía) existe fuera del tiempo. «En el principio» significa antes de que fuera creado el tiempo. Es el momento en el que Dios creó el tiempo como vasija destinada a contener la existencia. Dios ya estaba antes de la creación de este versículo y continuará existiendo después de él. Los colonos creen que estaban aquí antes de la creación de la era de la ocupación y que permanecerán aquí después de ella. Maimónides enseñaba que el significado de este versículo era que el tiempo se nos manifiesta a través del movimiento de sustancias palpables, y si esas sustancias no hubieran empezado a moverse, el tiempo desaparecería.

El tiempo aquí procede según un movimiento circular, y por lo tanto no se mueve, no avanza. El hombre gira en los círculos viciosos de un tiempo circular, y por tanto es como un roedor en la rueda de un hámster: corre, pero se queda siempre en el mismo sitio. Los palestinos, abandonados a la ocupación, buscan nuevas maneras de matar el tiempo que no pasa. El tiempo pesa gravemente sobre ti, volviéndose tan pesado como un nublado oscuro en invierno. El tiempo necesita ser manejado, administrado y dirigido. Un palestino en Cisjordania se enfrenta al tiempo más a menudo de lo que pueda enfrentarse a un tanque o a un fusil. Fumamos fuera del coche e intentamos hacer una cosa imposible que todo fumador entenderá: sostener el cigarrillo en la mano y mantenerlo encendido a un

tiempo. En esos momentos, en los tres minutos que robamos antes de refugiarnos en un placer fugaz cuando estamos en las garras de una desesperación fatal, nos damos cuenta de que un hombre puede aguantarlo todo si se atiene a sus pequeños hábitos. Son los últimos indicadores de su humanidad. «Cultivamos la esperanza», es lo que dice Mahmoud Darwish acerca de los que están sometidos al bloqueo.

Durante las últimas décadas, unos colonos se apropiaron de dos edificios de Silwan, en Jerusalén Este, y esa fue la primera chispa de la grandiosa y múltiple operación asentamiento, que hoy día vemos en más de diez edificios de Silwan y en la «Ciudad de David», que fue establecida allí como centro de turismo ideológico y religioso que encarna sencillamente lo que es en conjunto la compleja idea sionista: una ideología de colonos con marcados rasgos coloniales bajo el manto del relato de la Torá. Uno de los colonos se vengó de su vecino palestino desviando la alcantarilla de su casa hacia la del vecino. «Vivir en medio de la mierda» pasó del lenguaje coloquial a convertirse en una realidad de lo más desagradable. El palestino propietario de la casa nos hizo pasar a una pequeña habitación inundada de aguas fecales. El olor era espantoso, pero lo verdaderamente triste y doloroso era la silenciosa pena que había en sus grandes ojos cuando nos contó con semejante energía lo que le habían hecho los colonos. ¿Ante quién iba a poder quejarse? ¿A quién iba a pedirle que hiciera algo?

Un minibús blindado entra en el barrio, escoltado por agentes de la policía de fronteras cargados de armas. Un barracón de colonos fuera del tiempo y fuera de contexto. La vida en el callejón se detiene mientras los hijos de los colonos que vuelven de la escuela suben la cuesta y entran en el edificio, la Casa de Yonatan, construido allí en medio a una altura que viene a ser como un dedo corazón levantado en un gesto obsceno contra todos ellos. De repente comprende uno el significado del «derecho de autodeterminación» que reclaman los palestinos. Es sencillamente el derecho a caminar por la calle en la que está tu casa siempre que quieras, sin ser registrado ni perseguido por los agentes de seguridad. Las fronteras, el capital, las medidas de seguridad, el control de los recursos, todo eso recorta tu capacidad de caminar por la calle en la que está tu casa sin ser insultado o acosado o interrogado, y, lo que es más importante, sin renunciar a ese sencillo derecho, el derecho a caminar por la calle sin miedo. La ocupación consume tu deseo de vivir, de correr riesgos, de caminar al azar por la calle sin una dirección definida ni un plan lo bastante concreto como para satisfacer la curiosidad de un soldado.

La ocupación convierte el placer de pasear descalzo por la arena de la playa en un lujo que un miembro de un pueblo en lucha no puede permitirse. La ocupación reduce tus placeres y tus deseos al mínimo más absoluto. Así es como triunfan sobre ti sin disparar un solo tiro.

Los soldados te preguntan por todo. Tienes que ser convincente para que te dejen pasar la barrera o cruzar el puesto de control. No hay una cosa que pueda llamarse normal bajo la ocupación. Todo debe ser excepcional, fuera de lo corriente, digno de que el soldado se tome la molestia de leer tu autorización o de registrar tu equipaje. La ocupación convierte tu vida en una serie de momentos excepcionales entre los cuales se extienden períodos de tiempo muerto, desapasionado, cargado de indolencia, inactividad y falta de deseo.

Ofra: el primer asentamiento establecido por el movimiento Gush Emunim, el Bloque de los Fieles, en connivencia con esa paloma de la paz que fue Shimon Peres. En 1977, el partido Likud llegó al poder, y Ariel Sharon, que era uno de los ministros del gobierno, emprendió la labor de creación de asentamientos basada en el principio «queso suizo»: un agujero aquí y otro agujero allá. Con el tiempo esos agujeros fueron cuajando y convirtiéndose en una masa, mientras que la masa palestina pasaba a convertirse en agujeros. Los palestinos se volvieron agujeros en la masa de asentamientos, se convirtieron en una espina molesta en el culo de los colonos que había que extirpar, por utilizar la metáfora empleada por el ministro de Educación Naftali Bennett. El juego está amañado: el que posee el poder, el control y las reglas se convertirá en masa, y tú, que careces de ellos, te convertirás en un agujero negro. El agujero negro palestino no tiene ningún elemento tiempo; como cualquier agujero negro, te borra de él y se esconde de ti, en tus calles segregadas y en el sistema legal segregado y en las medidas de seguridad segregadas.

Con la ratificación de los Acuerdos de Oslo de 1993, el sistema queso suizo se intensificó: fueron establecidos desvíos, «legales y acordados», para legitimar con carácter permanente los asentamientos, transformando esos lugares lejanos, remotos, en emplazamientos horribles (agujeros) en medio de barrios residenciales bien situados de Jerusalén y Tel Aviv de los que uno podía entrar y salir utilizando carreteras y calles modernas (como las de Europa o América) restringidas solo para los judíos, a diferencia de las calles de los palestinos (como las de Oriente Medio), circunstancia que aumentó el aliciente de vivir en ellos (en la masa del queso). Para ello hay que garantizar la libertad de movimientos de los nuevos residentes judíos de los barrios de lujo, y limitar la libertad al otro lado, para que los nuevos habitantes de las colonias residenciales se sientan seguros y a salvo. ¿Cómo? A través de varios medios básicos: por ejemplo, limitando las entradas y salidas de las ciudades y las aldeas palestinas a solo dos para cada población; y dirigiendo el flujo del tráfico palestino hacia las «carreteras de uso obligatorio». De esa forma el ratón puede ser mantenido dentro de los agujeros. Solo puede salir de ellos cumpliendo órdenes y solo puede regresar a ellos cumpliendo órdenes. Era una situación beneficiosa para todos: un control sobre esos palestinos latosos y excesivamente posesivos, y una vida suburbana confortable y económicamente beneficiosa para los nuevos propietarios del lugar.

El pastor Abu Ali pasea por las tierras del poblado palestino de Susiya, en las colinas del sur de Hebrón, e intenta mantener el statu quo: está prohibido apacentar el ganado en esa dirección, porque es una zona militar cerrada, y está prohibido apacentar el ganado en las colinas situadas al otro lado, porque pertenecen a los colonos, así que debe estar muy atento para que ni una sola de las decenas de ovejas que cuida viole esas restricciones. Estamos aquí parados con él con un frío tremendo, charlando y fumando. Me sorprende cómo es capaz de estar aquí de pie quieto con nosotros sin guantes y sin un buen abrigo. Una pregunta machacona, fría, dolorosa, me tiene ocupado: ¿Qué nos han hecho, pastor palestino? ¿Por qué eres un extranjero para mí? ¿Sabes cómo podemos romper el hielo (en sentido literal y figurado) que hay entre nosotros? ¿Qué pretende Abu Ali de la vida? Que le permitan apacentar sus ovejas en la colina prohibida de ahí enfrente, donde hay pastos en abundancia. ¿Cómo es posible que ese deseo sea tan fuerte? No es más que un deseo de ahorrar tiempo: si lleva a sus ovejas a pastar en la colina, las ovejas satisfarán su apetito rápidamente, y él podrá volver a su cueva o a su choza rápidamente para sentarse al lado

de la estufa calentita con su mujer y sus hijos. Lo único que pretende es abreviar este frío tan atroz.

Pero sus deseos chocan con complicaciones «oficiales»: los colonos han plantado árboles en grandes macetas para afirmar que están en proceso de crecimiento. La ley otomana todavía en vigor aquí proclama que quien cultiva la tierra durante varios años obtiene el derecho de poseerla; la ley no clarifica el significado, las dimensiones ni la extensión de esos «cultivos». Para dar la vuelta a esta ley, los colonos plantan árboles en grandes macetas y los reparten por una amplia zona para que la tierra sea «suya». Un uno y medio por ciento de la tierra de Cisjordania es cultivado por los colonos, en parte de esta forma. Se trata de un método de cultivar la tierra inventado por ellos en el que no interesa ni el tiempo ni el paso del tiempo: no se necesitan décadas de labrar la tierra, de cuidarla, de regarla, de dormir bajo sus árboles para aprender su lenguaje y escuchar sus relatos, para que sea tuya. Esos palestinos son tradicionales en su forma de cultivar la tierra, y además lentos; mientras que la agricultura de alta tecnología es muy rápida. Otro exit israelí.

En Susiya están buscando agua y construyendo cisternas. Abren cisternas y el ejército las inunda. No hay vida sin agua, y no hay agua sin autorización, y no hay autorización a menos que formes parte de la masa de colonos que ejerce el control. No cuenta para nada que ya estuvieras aquí antes de la ocupación e incluso antes del establecimiento del Estado de Israel; lo que cuenta es que te has quedado fuera de contexto. Y el contexto es el agujero que se ha convertido en masa. Y tú te has convertido en un agujero molesto. Susiya no molesta solo por esta razón, sino porque está construida en un yacimiento arqueológico sumamente «significativo». Así que expulsan a sus habitantes, y la paradoja más increíble es que traen a colonos judíos para reemplazarlos. Porque se trata de una realidad bien conocida: los judíos son mejores que los palestinos para vivir entre ruinas. Todo el país fue creado para reconstruir unas ruinas, así que ¿quiénes son esos pastores de Susiya para reclamar que les devuelvan un lugar que está reservado sólo para los judíos?

El muro te roba el tiempo y tu derecho a matarlo como te plazca. Caminar por las calles o pasear por los caminos polvorientos ya no es un hecho reconocido. Los muros destrozan tu existencia en pequeños fragmentos inconexos de zonas autorizadas y zonas prohibidas, de modo que tú te conviertes en un acróbata que debe saltar, brincar, doblarse y arrastrarse según el tipo de autorización, los deseos del comandante de la zona, o las consideraciones del soldado hurraño que haya en el puesto de control. El muro es un recuerdo del pasado; fue levantado justamente entre todas las experiencias que conocías previamente y todas las experiencias que vas a conocer. Ingentes kilómetros de alambre de espinos y altas planchas de hormigón se levantan entre tú y tu capacidad de extender la mirada y la imaginación hacia el mar, por ejemplo, o hacia un arroyo cercano, o hacia la carretera rápida que lleva a la gente desde la playa hasta el arroyo que fue tuyo antaño.

Nabi Saleh: la obstinada manifestación pacífica contra los asentamientos en general, y contra la apropiación del manantial de Nabi Saleh por los colonos del asentamiento vecino de Halamish en particular. Gases lacrimógenos y balas de metal recubiertas de goma. En medio de la ferocidad de los enfrentamientos y de la asfixia en el interior de las casas, una madre lanza a su hijita por la ventana de un segundo piso a los brazos de su padre, que está en la calle, para salvarla de morir asfixiada. Es un gesto a la vez valiente y racional.

Sentimientos mezclados, entre la admiración ante la determinación de esta madre, dispuesta a hacer lo que sea necesario para salvar a su hija, y el asombro por su determinación de lanzarla a la calle por la ventana. Pero la criatura todavía no conoce el significado de la paradoja: ¡tardó dos meses enteros en acercarse otra vez a su madre! Si se me pide una definición en una sola frase del significado de la ocupación, me gustaría decirte esto con la mayor seguridad: una madre lanzando a su hija por una ventana para salvarle la vida.

Pero el tiempo es capaz de atenuar cualquier paradoja y de disipar cualquier admiración. La ocupación se parece a Las mil y una noches. Cada día trae una nueva historia, una nueva aventura que te hace olvidar la anterior y te prepara para la que vendrá después. La compleja máquina burocrática es la Scheherezade de nuestra época. De las pecheras de su camisa surgen nuevas políticas y por medio de sus tiendas de campaña se generan historias: en la fila de coches formada en los puestos de control; en la ambulancia que lleva a un paciente que morirá mientras espera (estaba a punto de escribir «de aburrimiento», pero esta metáfora sería aquí excesiva); en una manifestación atajada con jeeps militares todopoderosos; en el oficial de enlace que deniega, en bloque, las autorizaciones de entrada a Israel para recibir atención médica, excepto a aquellos que estén dispuestos a colaborar con la maquinaria; en el hecho de beber un agua que «se toma su tiempo» en llegar y en irse; en la pérdida de dos horas de tu vida en un puesto de control improvisado, que luego descubres que era arbitrario y que ya no significaba nada para nadie. ¡Qué humillación ser retenido en un puesto de control arbitrario!

Llegamos a Khirbet Umm al-Khair, en las colinas de Hebrón, y vemos lo que ha quedado de los edificios residenciales transitorios después de su demolición por los bulldozers de la Administración Civil israelí hace unos días. El anciano padre de familia grita sin parar: «Soy árabe, hijo de esta tierra». Yo casi no puedo entender sus alaridos. Salta de un miembro de la delegación a otro, desahogando su dolor y contando su historia a gritos. Ansía contar su cuento. «Vinieron... demolieron... vinieron... demolieron... miren a los niños... miren las casas de los colonos a nuestro alrededor.» Pero no llora ni se viene abajo. Grita con rabia, con ferocidad. Quiere que el mundo vea y oiga. Me lo llevo aparte y empiezo a grabar un vídeo de él para que así dejemos al resto de la delegación dar una vuelta por el solar y obtener detalles claros del resto de los miembros de la familia que hablan inglés o hebreo. Yo sujeto la cámara delante del viejo durante más de veinte minutos mientras él recita su monólogo a toda velocidad, frenéticamente, sin hacer ni una pausa en ningún momento. Empieza a cansárseme el brazo, empieza a cansárseme la vista de mirar a través de la lente, y luego me doy cuenta de que estoy un poco aburrido. Este descubrimiento me mata. ¿Es posible que una persona sienta aburrimiento por escuchar la historia de un hombre de setenta y tantos años cuya casa acaba de ser demolida hace unos días, por... no se sabe ya cuántas veces? Y luego me quedo anonadado ante esta situación tan triste, tan inútil: un palestino gritando a la cámara de otro palestino lo que deberíamos gritar al mundo entero. Una vez más, nos escabullimos a un pequeño solar y hablamos entre nosotros. Nuestra lengua no es entendida, nuestro lenguaje corporal no es apreciado, nuestros gritos son incivilizados. Y de repente mis ojos se llenan de lágrimas y siento pena, vergüenza y amargura. Pese a mis infinitas promesas a los demás miembros de la familia de que colgaré el discurso de su padre en mi página de Facebook, no lo he hecho. Provocaríais risas, de eso

no cabe la menor duda. Nadie entendería la mitad de sus palabras ni de sus frases, y ningún espectador neutral o con el debido distanciamiento soportaría los tensos movimientos de su cuerpo y su feroz ir saltando arriba y abajo. Perdóname, viejo, no sé qué será más duro para ti: si la gente viéndote y riéndose de ti, o yo escondiéndote de ellos, no dando siquiera a ninguno de ellos la oportunidad de comprenderte.

*La ocupación hincha el tiempo.*

*La ocupación es la muerte del significado.*

---

\* Este texto está extraído del libro *Un reino de olivos y ceniza*, publicado por Literatura Random House el pasado 8 de junio. El libro es una recopilación de artículos de algunas de las voces más destacadas del panorama internacional, editadas por Ayelet Waldman y Michael Chabon, en colaboración con la ONG israelí **Breaking The Silence**, cuando se cumple el 50 aniversario de la ocupación israelí sobre territorio palestino.